

# **Capítulo 9. Diálogos entre pedagogía en derechos humanos y sentimientos morales: una propuesta desde la narrativa biográfica de Héctor Abad Gómez**

Aura Liseth Cabas Arango  
Gricel Costa Castaño

## **Introducción**

En el presente capítulo abordamos los conceptos de pedagogía en derechos humanos y teoría de los sentimientos morales desde la narrativa biográfica de Héctor Abad Gómez, con el fin de encontrar en su producción académica, intelectual y personal que los sentimientos y las emociones son movilizados de sentido para luchar por el bienestar del ser humano. El gran hallazgo de esta ruta investigativa fue reconocer a este actor como un pedagogo en derechos humanos, que guió su vida y se transformó a través de sucesos personales y profesionales, pero siempre en relación con los sentimientos y las emociones. En las siguientes líneas narramos cómo se realizó dicha investigación, cuáles fueron los hallazgos y conceptos teóricos que nos llevaron a denominarlos como diálogos, como conversaciones; develamos aquí un Héctor Abad Gómez de accionar sentimental.

En el proceso investigativo partimos del contexto en el que se encuentra Colombia en la actualidad: polarización, firma de acuerdos de paz, reinserción de grupos armados a la vida civil, restitución de derechos de las víctimas, entre otras acciones que están transformando la historia del país; y las investigadoras, como futuras docentes, creemos que desde el plano educativo tenemos la responsabilidad de contribuir a la formación

ciudadana, al cese y la no repetición de acciones violentas en contra de cualquier ser humano. Nos planteamos, pues, visibilizar las problemáticas sociales, pero también generar conciencia histórica, y es aquí donde surgen actores emergentes que son ejemplo de prácticas de resistencia y que desde su yo social y personal han sido agentes de cambio. Así mismo, consideramos que este trabajo es un aporte a la deuda histórica que el país, la ciudad y la universidad tienen con Héctor Abad Gómez.

Por otra parte, reconocemos un vacío epistemológico en cuanto a las dos categorías que nos ocuparon a lo largo de la investigación: la pedagogía en derechos humanos y los sentimientos morales, aunque, desde la vida y la obra de Héctor Abad Gómez, vemos una oportunidad de entablar un diálogo entre ellas, intentando abordar la pregunta que nos guió: ¿cómo contribuir a la formación en pedagogía de los derechos humanos desde los sentimientos morales encontrados en las narrativa biográfica de Héctor Abad Gómez? Así, para este trabajo buscamos comprender los sentimientos morales en las narrativas del personaje y analizamos la información en clave de su ser sentimental, para finalmente reconocer cómo estos lo llevaron a convertirse en un defensor de los derechos humanos en el país.

La investigación se realizó con base en la perspectiva de la tradición cualitativa que implementa el enfoque biográfico, narrativo testimonial, en relación con el análisis documental. La búsqueda de esta información se hizo en textos, como libros y artículos de prensa de su propia autoría y de producciones de otros autores que narran su vida y obra. Tal revisión se sistematizó en fichas analíticas, en las que se encontraron vivencias, experiencias, momentos históricos, luchas, sentires y pensamientos; allí afloró el yo sentimental de Abad Gómez dentro de su yo social.

Finalmente, tomamos las enseñanzas del profesor Vasco (1990) para crear, desde un enfoque crítico-social, una propuesta para trabajar la pedagogía de los derechos humanos desde el sentir, en cualquier espacio que posibilite la formación y el cultivo de sí.

### **Los sentimientos se hacen presentes**

¿Qué es sentir? ¿Cómo se siente? ¿Se pueden definir los sentimientos? Estas fueron en un inicio las preguntas e incluso los movilizados con los

que empezamos nuestro proceso de lectura. A medida que avanzábamos encontrábamos que la mayoría de personajes históricos emblemáticos fueron guiados por sus sentimientos, emociones, y, en particular, por la indignación, situaciones que favorecieron sus acciones en pro de la humanidad y el bienestar común. Con estas preguntas como base, se encontró en los postulados de Agnes Heller (2004) una filosofía sobre el sentimiento que, desde una postura antropológica, explica que sentir significa estar implicados en algo. Allí, la autora acepta los paradigmas de la época, siglo XXI, y da cuenta del valor con que los seres humanos cuentan: una personalidad unificada capaz de comprender un cúmulo de experiencias.

También, a lo largo de la investigación, se plantearon preguntas sobre el contexto formativo, educativo, y con mayor interés sobre la alteridad, que es el reconocimiento del otro en todas las esferas de la vida. Se encontró que generar luchas por el otro significa reconocerlo. Por tanto, en las teorías de la pedagogía de los derechos humanos se acudió a los estudios de Andrés Argüello (2012), quien establece la educación en derechos humanos como una pedagogía de la alteridad. Argüello (2012, p. 148) explica de qué manera los actores sociales de la formación en derechos humanos se definen por la posibilidad de su encuentro experiencial con las víctimas en concreto, mediante el análisis crítico de las situaciones que generan discriminación y la capacidad del compromiso histórico ante ellas.

En la teoría de los sentimientos morales se comprendió que los seres humanos son un cúmulo de experiencias transitorias que se implican y, por ende, se hacen sentir; con la pedagogía en Derechos Humanos, por su parte, se supo que es necesario reconocer al otro y a lo otro para generar acciones en pro del bien común. El diálogo se presenta aquí como oportunidad en el quehacer educativo, lo cual trasciende al cambio social.

Con Héctor Abad Gómez se exploró la figura de un defensor sentimental, la vida de un hombre que pese a haber sido un personaje de la vida pública, estaba guiado por el desarrollo de su privada, y fue esa siempre la ruta que encaminó sus discursos y acciones. Se descubrió, pues, un Héctor Abad Gómez que reconoció la paz y la justicia como valores universales; un médico que por su experiencia mostró una Medellín más sana; un padre que enseñó y cultivó una familia, pero al que también le dolió la vida, que sufrió y transformó sentimientos; para

él, el dolor no fue un impedimento, sino un móvil, un valor para convencerse, indignarse y reafirmarse en su amor por el ser humano. Con base en los postulados de Heller, encontramos cuatro tipos de sentimientos en Abad Gómez: la indignación (cognoscitivo-situacional); la esperanza/convicción (sentimiento orientativo de acción; se establece en su saber sobre la medicina); el dolor (transformación del sufrimiento en acción), y la filantropía (sentimiento ideológico).

En el caso de la indignación, la esfera política y discursiva fue determinante para Héctor Abad Gómez, por la situación que vivía Medellín a finales del siglo pasado y que generó en él malestar por la cultura de la violencia y la indiferencia de los entes gubernamentales frente a las poblaciones más vulnerables. Estos discursos los realizó, en su mayoría, desde su postura de médico que enfatizaba en el respeto de los derechos humanos:

Con tanta injusticia, con tantas violaciones a los derechos humanos no puede ni debe haber paz. Por eso estamos, por desgracia, en una guerra. Una guerra que muchos de nosotros hubiéramos querido evitar, una guerra que ha traído sangre y lágrimas a millares y millares de nuestros compatriotas. Una guerra que yo mismo he presenciado, desde mi infancia y juventud, mirando, sin saber por qué, cadáveres de campesinos que traían, semana tras semana, a la cárcel de Sevilla, Valle, en esa lucha por la vida que se libra en los campos colombianos y que tanta muerte ha producido. Y después de la violencia política que como joven sufrí en ese mismo rincón cafetero de Colombia y como médico salubrista me tocó analizar estadísticamente, para tristemente concluir que se habían ocasionado centenares de miles de muertes. [...] Por mi profesión, por mis convicciones, por mi tradición, jamás he predicado y jamás predicaré la violencia para resolver los problemas humanos. Soy amigo de la vida, no de la muerte. Pero como vivo en mundo violento y dentro de un país violento, lo único que puedo hacer reconociendo esta triste realidad es propiciar, hasta donde me sea posible, que esta guerra que vivimos no sea una “guerra sucia”. Queremos la paz. Queremos la justicia. Queremos el bienestar. Queremos el respeto a todos y cada uno de los seres humanos, el respeto a la vida, a su dignidad, a su bienestar. Por eso estamos aquí, y solo por eso, se me hace presente al Comité de Defensa de Derechos Humanos de Antioquia y de Colombia. (Abad Gómez, 1988, pp. 89-91).

Otro de los ejes fundamentales y preocupaciones de su vida fue la paz; se preguntaba cómo generar paz en un contexto de fragmentación política y del Estado; su convicción más firme se resume en estas palabras recopiladas por Juten (1989): “Afirmamos y reiteramos que sin justicia social no puede haber ni debe haber paz; sin embargo, consideramos que ni la justicia, ni la paz deben conseguirse por medio de la violencia (p. xi).

El camino político que emprendió, quizás sin saberlo, fue el trascender de defensor de los derechos humanos a pedagogo de los derechos

humanos, pues desde que comenzó con la medicina social y preventiva, la implementación de brigadas de vacunación, la enseñanza a sus alumnos sobre la salud pública y la dignidad humana, la denuncia social marcó su labor.

Así mismo, la esperanza desde Heller (2004) es el sentimiento orientativo de convicción, el que reiterativamente retomó Abad Gómez (1988). La convicción como atributo de su personalidad con valoraciones éticas; la esperanza como emoción sin temporalidad; una emoción que se evocó hace treinta años pero que hoy continúa vigente:

Esta es la gran esperanza para la humanidad del presente y del futuro. Grupos de hombres, cada vez crecientes, en las universidades y escuelas de la tierra, en las organizaciones técnicas y humanitarias de las Naciones Unidas y de diversas organizaciones filantrópicas, personas dedicadas al cultivo del intelecto y de las ideas de paz y de justicia, en los talleres y en los campos, en asociaciones y en sindicatos, van sintiendo que pueden ayudar al bienestar de todos los seres humanos, sin distinción de raza, religión o nacionalidad. (p. 45).

Como ya se mencionó, la vida pública de Héctor Abad Gómez se determinó en gran parte por acontecimientos en su vida privada, los cuales transformaron el dolor en acción. Si bien son pocas las fuentes que se tienen para conversar sobre su vida privada, se aprovecharon las voces de otros, las visiones externas, los demás como espectadores próximos de una vida de transformaciones movilizadoras de sentido. El punto de giro más contundente para este médico fue la muerte de una de sus hijas, situación que narra el escritor Héctor Abad Faciolince (2006), su hijo, en la novela *El olvido que seremos*:

Entonces empezaron cuatro meses de un dolor lacerante, de agosto a diciembre, del que ninguno de nosotros salió igual. Un cáncer, a los dieciséis años, y en una muchacha así, como era Marta, producía en cualquiera un dolor y un rechazo insoportables. (p. 156).

Este giro fue uno de sus móviles, pues ya no solamente era el sufrimiento por los demás lo que lo conmovía, sino el enfrentamiento a un dolor propio, que a su vez generó un cambio en él a nivel axiológico. Esto, según Heller (2004), es el dolor como sentimiento que caracteriza la acción: “ayúdate a ti mismo, ayuda a los demás” (p. 311). El dolor aquí se presenta en una doble vía, pues, por una parte, le generó la impotencia propia de lo que era externo a él (la enfermedad) y le activaba el pensamiento sobre sus conocimientos en la medicina: estableció, así, una relación entre el dolor (impotencia) y el sentimiento orientativo del saber

propio de la medicina. Eso en síntesis es transformación, porque el dolor es un movilizador. Se continuó con el mismo concepto de “ayúdate a ti mismo, ayuda a los demás”, pues observamos que a partir de la lucha por el otro él se ayudaba a sí mismo a sanarse:

Después de la muerte de mi hermana el compromiso social de mi papá se hizo más fuerte y más claro. Su pasión de justicia creció y sus precauciones y cautelas se redujeron a nada. Todo esto aumentó aún más cuando mi hermana menor y yo entramos a la universidad y, si no me engaño, ya podía decirse que su compromiso de crianza con nosotros había concluido. “Si me mataran por lo que hago, ¿no sería una muerte hermosa?”, se preguntaba mi papá cuando algún familiar le decía que se estaba exponiendo mucho en sus denuncias de torturas, secuestros, asesinatos o detenciones arbitrarias, que fue a lo que se dedicó los últimos años de su vida, a la defensa de los derechos humanos. Pero él no iba a renunciar a sus denuncias por nuestros miedos, y estaba seguro de que estaba haciendo lo que tenía que hacer. Como decía Leopardi: “Hay que tener mucha estima por sí mismo para ser capaz de sacrificarse a sí mismo”. (Abad Faciolince, 2006, p. 180).

Finalmente, la filantropía como sentimiento ideológico fue transversal en la vida y obra de Héctor Abad Gómez; su postura siempre servicial, pensando en el bienestar de los demás, incluso por encima del suyo propio, lo llevó a lo que se ha mencionado reiterativamente: la lucha por la alteridad, el reconocimiento de lo otro y de los otros. Fue un crítico político de su época, un hombre capaz de desestabilizar con sus letras:

Hay satisfacciones más grandes en la vida que la satisfacción del poder. La satisfacción de servir, por ejemplo. Aunque no se pueda servir a muchos sino a unos pocos seres humanos. Y la mayor satisfacción se obtiene cuando uno puede concentrarse a servir apenas a otro ser humano. Es decir, cuando se logra el amor. Los políticos no han sido nunca seres amorosos. Pueden haber sido grandes amantes, en el sentido de haber tenido grandes pasiones sexuales, pero nunca han podido querer, amar en el sentido humano de la palabra; ni querer con constancia, con permanencia, a un solo ser humano. El político es despiadado porque le falta amor. Y a quien le falta el amor es el ser más desgraciado de la tierra. La única cura para el político, como para todos los demás males humanos, es el amor. (Abad Gómez, 1988, p. 78).

La esperanza y la convicción, mezcladas con los sentimientos de transformación del dolor en acción y filantropía como ideología, revelaron su fiel creencia sobre los logros que puede alcanzar el ser humano:

Yo creo en el hombre y en su capacidad de ser feliz. En su capacidad de disfrutar esta vida aquí en la tierra; en su capacidad de entender las leyes naturales y ponerlas a su servicio; en su capacidad de convivencia, en su capacidad de altruismo, de abstracción, de previsión y de raciocinio; creo en su capacidad de trascender los goces y bienes inmediatos hacia bienes

superiores, en su capacidad de análisis, en su capacidad de síntesis, en su capacidad de entender y de hacerse entender, en su capacidad de sacrificio por ideales superiores. Creo que es capaz de distinguir sus motivos conscientes y racionales, que es capaz de ser alegre y también de resistir al sufrimiento. Creo, en fin, en su capacidad de construirse una escala de valores a la cual pueda atenerse en sus acciones. Defiendo, por lo tanto, el valor de la vida humana y creo que su conservación es un bien en sí mismo, en cualquier circunstancia, en cualquier momento de la vida de un hombre, sin que importen su raza, su condición, su nacionalidad, sus creencias o sus acciones presentes o pasadas. (Abad Gómez, 1988, p. 126).

Finalmente, no se puede dejar pasar la voz de Héctor Abad Gómez (1988) en un tema que concierne desde el principio, que nos conmueve y orienta como maestras en constante proceso de formación: “La educación no es solo enseñar cosas, que es lo que ordinariamente se hace en nuestro país, a todos los niveles. La educación debería ser, primordialmente, enseñar a sentir, enseñar a pensar y enseñar a actuar” (p. 105).

## **Conclusiones**

Son muchas las perspectivas y orientaciones que pudo haber tenido esta revisión documental; no se quiso destacar al médico salubrista ni al líder político; nos interesó conocer, a través de sus narrativas de vida y pensamientos inscritos en el papel, al ser sentimental, al maestro, al padre, al escritor. Se descubrió que no solo hizo parte de un importante grupo de defensores de los derechos humanos, sino que, con su labor de profesor enseñó, de manera implícita y explícita, acerca de la formación ciudadana y la alteridad como conceptos claves para el buen vivir.

En su labor de profesor de la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia, se constató que no solo se dedicó a los derechos humanos desde los estamentos gubernamentales, sino que, con sus enseñanzas, formó médicos con sentido social, mostrándoles la realidad de la Medellín periférica, instaurando una nueva manera de concebir a los profesionales de las ciencias de la salud. Por esto, el mayor hallazgo fue reconocerlo como un pedagogo en derechos humanos, más que como un defensor.

Desde el aspecto teórico y formativo, hallamos varios puntos de convergencia: la pedagogía en los derechos humanos como pedagogía de la alteridad, el reconocimiento del otro y de lo otro, y la teoría de los sentimientos morales, que develó características de las emociones y sentimientos que se tienen, además de la propuesta de Heller (2004)

sobre convertir lo que se siente en acciones que proporcionen bien a la humanidad.

En la propuesta de la filósofa Heller, se encontró el vértice fundamental entre la pedagogía de la alteridad que reconoce y los sentimientos morales que movilizan, características todas que se reflejan en la vida y obra de Héctor Abad Gómez y que están presentes en sus escritos.

En el proceso investigativo se encontró, asimismo, un vacío teórico en el estudio de la figura de Héctor Abad Gómez como hombre que generó propuestas y discursos sobre la paz; en la literatura hay pocas referencias y antecedentes sobre él como formador y hasta el momento, en el ámbito académico e investigativo, no se le había abordado como un pedagogo en los derechos humanos.

Desde la teoría de los sentimientos, se reconoció que el imaginario colectivo según el cual los sentimientos son irracionales y deben suprimirse para la toma de decisiones trascendentales aún está vigente; no obstante, con la teoría de Heller y la vida y obra de Héctor Abad Gómez, se resignificó tal campo de los sentimientos, puesto que aquí estos son los que atraviesan y guían al actor para la toma de las decisiones.

Los sentimientos morales más recurrentes de Héctor Abad Gómez que se encontraron con base en la revisión biográfica, documental y testimonial, fueron: la indignación, por sus discursos y contenido político de denuncia; los orientativos de la acción, pues la experiencia de ser médico le permitió generar acciones en pro del bien común, por ejemplo, las soluciones que brindó en contra de la fiebre tifoidea, la potabilización del agua y la pasteurización de la leche, entre otros; la filantropía, como ideología, donde están presentes el amor y la esperanza acerca del ser humano y su accionar; y la búsqueda de la utopía para hacer de este mundo uno mejor para las próximas generaciones. Él creía que las personas son buenas, que hay que amarlas y hay que luchar por la máxima común: la felicidad.

Finalmente, se vio en este trabajo cómo el sentimiento de dolor en sus narrativas de vida se pudo transformar en uno que generara acciones; el dolor lo sintió con la muerte de sus compañeros, colegas, estudiantes y su hija. Vivió de cerca una época en la que el miedo era el denominador común. Mientras unos huían por el conflicto armado, él decidió quedarse,

hacer de esa situación un sentimiento reactivo y buscar la no repetición de los actos violentos.

La reflexión que queda de este proceso investigativo y la pregunta que como maestras en formación persiste es ¿cómo hacer pedagogía en derechos humanos en un momento histórico como este, en instituciones educativas, en contextos donde se vulnera la diversidad de los demás? Para nosotras, en definitiva, en Héctor Abad Gómez habita una esperanza, nuevas formas de pensarse la formación. Incluso, leyendo historias de su vida, contrastándolas con las propias, observamos que él siempre quiso que el sufrimiento humano terminara, pues ¿qué profesor no desea solucionar la vida de miles de niños, niñas y familias? Descubrimos en Héctor Abad Gómez algunas derrotas, personas que lo vincularon con ideologías políticas que desconocía, situaciones de vida que posiblemente le hicieron desfallecer, un ser humano común que se sobrepuso a todo aquello para continuar firme en sus convicciones.

Como lectoras nos reconocimos en él, una vida universitaria llena de aprendizajes, de choques, unas primeras experiencias docentes no muy gratas, un despertar ante tantas situaciones que comprometen la integridad de los niños y las niñas.

Tras haber leído a Héctor Abad Gómez a la luz de Heller (2004) y Argüello (2012), y al haber vivido experiencias formativas en contextos formales e informales, nos queda la enseñanza de que la teoría y la práctica no son disociables como muchos argumentan, sino que reside en el investigador la capacidad de ponerlas a conversar, de lograr diálogos entre los autores, de tejer nuevas formas de concebir la enseñanza. La biografía para nosotras fue fundamental, el poder ver las historias de vida de otros, saber que los sentimientos no son suprimibles, sino que por el contrario ayudan a la toma de decisiones, a reconocer que necesitamos de los otros y de lo otro para convivir, son estas las premisas que se descubren en la pedagogía en los derechos humanos.

Ojalá a Héctor Abad Gómez le haya alcanzado el discernimiento para saber que lo hecho no fue en vano y que dejaba para más de una persona —nos incluimos ahí— sus enseñanzas de vida; ojalá le haya alcanzado para saber que sin mayor ambición fue un pedagogo en derechos humanos, como nosotras que, sin conocimiento previo, llevamos a las aulas esta pedagogía.

## Referencias bibliográficas

- Argüello, A. (2012). La educación en derechos humanos como alteridad. *Perfiles Educativos*, vol. 34, núm 138, pp. 148-166. Disponible en: <http://132.248.192.201/seccion/perfiles/2012/n138a2012/mx.peredu.2012.n138.p148-166.pdf>.
- Abad Faciolince, H. (2006). *El olvido que seremos*. Bogotá: Planeta.
- Abad Gómez, H. (1988). *Manual de tolerancia*. Medellín: Secretaría de Educación y Cultura de Antioquia.
- Heller, A. (2004). *Teoría de los sentimientos morales*. México: Fontamara, Coyoacán.
- Juten, P. (1989). *Una vida por la vida*. Bogotá: ECO.
- Vasco, C. (1990). *Tres estilos en las ciencias sociales*. Bogotá: CINEP.